

nosotros comenzaron á llegar los ecos del vocerío y desórdenes que allí había. Aquel hombre era una amenaza peligrosa para nosotros, puesto que estábamos á su disposición.

En Enríquez y en mí dominaba la misma idea.

—No estoy dispuesto á dejarme asesinar por ese bandido, —me dijo el Comandante á media voz, en una de las veces que el centinela estaba algo alejado, siguiendo su constante paseo.

—Ni yo tampoco, —le contesté aprovechando la misma circunstancia.

Hablamos un momento para ponernos de acuerdo acerca del modo de fugarnos, y nos acercamos á la puerta de la calle, aparentando la mayor indiferencia.

El centinela pasó, nos hicimos una seña, y al volvernos nuevamente la espalda, nos arrojamos rápidamente sobre él, impidiendo que pudiera gritar ni hacer uso de la escopeta. Los tres rodamos por tierra. El Comandante lo desarmó aunque con bastante trabajo, pues se debatía furiosamente, en tanto que yo lo sujetaba contra el suelo oprimiéndole con todas mis fuerzas la garganta para que no gritara: un soberbio y bien aplicado culatazo en la cabeza, lo dejó como muerto, y después de romper la escopeta contra una piedra, Enríquez se dirigió por calles extraviadas á su cuartel, en tanto que yo hice rumbo hacia Santa Teresa. Serían las diez de la mañana, y nos dimos cita para las doce, avisándonos el punto de reunión por medio de un emisario que él ó yo nos enviaríamos. El no creía que sus soldados, pocos pero buenos, hubiesen defecionado; y por mi parte tenía plena confianza en la guarnición del fortín, á donde me dirigía á toda carrera y sin volver la cara atrás, sin sentirme sofocado por los ardores del sol, cuyos rayos caían á plomo sobre el médano que tuve que atravesar.

No nos habíamos engañado.

La poca fuerza de infantería que estaba en sus cuarteles permanecía fiel aunque impotente, á causa de no disponer de

un solo cartucho, debido á la disposición que sobre este particular se había dictado el día anterior, dando por resultado que los pronunciados se habían apoderado del depósito del parque, estableciendo en él fuerte guardia y encerrando dentro al Comandante Güido: en cuanto á los artilleros, tanto de Veracruz como de Alvarado, que guarnecían el fuerte de Santa Teresa, apenas me divisaron comenzaron á vitorear al Gobierno y á la República.

\* \* \*

Por fin, podíamos pensar en deshacer aquel tumulto, empleando todos los medios que fueran necesarios, aun los más desesperados. Desde luego dispuse que las cuatro piezas de artillería que montaba el fortín se volvieran en dirección á la plaza y se cargaran con proyectiles sólidos, y envié un comisionado, el teniente D. Pedro Flores, acompañado del sargento "Peregil," para hacer saber al Comandante Enríquez la buena situación en que me encontraba, pidiéndole noticias suyas; y á su regreso me las trajo satisfactorias, pues ciudadanos honrados y verdaderamente patriotas, como D. Francisco Tejada, D. José Ruiz Parra, D. José Sánchez, D. José M<sup>o</sup> y D. Donaciano Zamudio, y algunos más que ahora no recuerdo, habían afeado su conducta, de una manera enérgica, á aquellos mal aconsejados hombres que ponían en conflicto á la población entera, exponiéndola además á mil peligros. Al mismo tiempo, el guerrillero Guzmán me enviaba un recado para que nos apersonáramos en las "Pesquerías," á la entrada de la población, pues quería hablar conmigo.

Mi apóstrofe, en los momentos que iba á disparar sobre Gastañaga, lo había impresionado.

Inmediatamente me puse en camino, y á mi llegada ya estaba esperándome acompañado de otro de los facciosos, antiguo condiscípulo y paisano mío.

De nuestra entrevista resultó que entráramos juntos á la

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

población, y que se citara para una junta á la que concurrieron los jefes y oficiales puestos ya en libertad, á excepción de los principales, que continuaban en la cárcel con el Secretario de Gobierno, algunos empleados y funcionarios públicos, y varios particulares, personas de valimiento en aquella sociedad. En esa junta se convino en que los pronunciados se retirarían en el acto al "Médano Pelón," y que á las tres de la tarde enviarían comisionados *ad hoc* para tratar con los que nombrara la plaza, á fin de hacer que cesara aquella situación desesperada para unos y difícil para todos.

Como se comprenderá, con este paso, que desde luego parecerá extraño, sólo quisimos ganar tiempo para disponer libremente lo que fuera más conveniente hacer. Los pronunciados se retiraron, y pudimos observar entonces que se habían separado de ellos muchos de los que cuatro horas antes los habían acompañado para llevar á cabo un golpe de mano tan audaz como punible.

Lo que pasó después fué verdaderamente inesperado, imprevisto; y aquella asonada que iba tomando carácter de un drama cuyo desenlace se escribiría con la sangre de algunos de los prisioneros, terminó como un sainete ridículo, sin que hubiera ninguna desgracia personal que lamentar.

## IX

Lo primero que hicimos luego que nos vimos libres de la presencia de los amotinados, fué forzar las puertas de la cárcel, poniendo en libertad á los jefes principales, y luego romper las del depósito de parque, municionando abundantemente á las compañías de infantería que habían permanecido fieles á su deber. Larragoiti y Gastañaga, completamente abatidos y desmoralizados, se retiraron á sus respectivos alojamientos, delegando sus facultades al jefe del Estado Mayor, cuya primera providencia fué dar de baja al Comandante Alier, que

ya no podía inspirar confianza por la conducta que observara respecto á los pronunciados; á un Teniente de apellido Pérez, que habiendo sido nombrado para una comisión, desertó; yéndose á esconder á un casucho lejano; y á un Capitán Bonilla, á quien habiéndole ordenado antes de mi aprisionamiento que tomara veinte hombres de su compañía y fuera á reconocer la posición de los sublevados, cuando se encontraba todavía á dos cuadras de distancia de la Comandancia Principal, arrojó la espada, se deshizo de la chaqueta, y abandonando la fuerza, echó á correr hacia el muelle, embarcándose atropelladamente en el pailebot "Juanita" que en esos momentos se disponía para hacerse al mar. El patrón Sandiel lo tomó por los hombros y lo lanzó al muelle entre las risotadas de todos los tripulantes.

En seguida se procedió á formar un plan para poder dar término á aquel ascándalo.

Este plan era tan sencillo como seguro en sus resultados.

Se cerraron las bocacalles que desembocan á la plaza con secciones de infantería, cada una al mando de un Capitán, dejando descubierta la que por las "Pesquerías" sale á la playa del río, enteramente enfilada por la batería de "Santa Teresa," y en las dos que determinan los costados de las Casas Consistoriales y la Parroquia, se situaron á retaguardia las dos pequeñas piezas de artillería de que he hablado al principio, y de las cuales no tenían noticia los sublevados, *enmascarándolas* la sección de infantería que las cubría.

Claro es que no tratábamos de medir nuestras fuerzas con aquella chusma, sino tenderles un lazo para que pagaran su atentado aquellos hombres que habían abusado cobardemente de la confianza en ellos depositada. Dejar llegar á los comisionados, y una vez encerrados en aquel cuadro, fusilarlos; y cuando sus camaradas se apercibieran de ello y corrieran á vengarlos, descubrir las piezas para recibirlos á metralla: los que escaparan buscarían la salvación por el único punto que adrede habíamos dejado descubierto, para que una vez en la

BIBLIOTECA ALFONSO XIII  
UNIVERSITARIA

playa los cañones de "Santa Teresa" dieran buena cuenta de ellos. El procedimiento quizás no fuera de buena ley, pero había que tratarlos como merecían: además, en la guerra, todo ardid es permitido.

Algunos grupos del pueblo que aún permanecían cerca de nosotros con cierta actitud hostil, al ver tomar estas disposiciones y que se habían situado centinelas avanzadas para que nadie pasara al campo enemigo, se fueron retirando silenciosamente; y media hora después no se veía un solo hombre en las calles y éramos dueños de la situación.

Una imprudencia del Jefe del Cuerpo Médico, hombre vicioso, de mal carácter y peores antecedentes, vino á resolver esta situación de una manera muy distinta á la que nosotros esperábamos.

Durante el tiempo que permanecimos combinando el plan de operaciones contra los insurrectos, el referido médico se encontraba en la pieza contigua á la en que deliberábamos, y cuya puerta de comunicación estaba cerrada: ese individuo ignoraba cuanto había pasado, pues dormía profundamente la *mona* de la noche anterior á la hora de los acontecimientos, y fué al recordar cuando oyó nuestra conversación quedando impuesto de todo. Entonces, en medio del aturdimiento y del sopor de la *crudeza*, y bajo la influencia de los últimos vapores alcohólicos, concibió el proyecto tan contraproducente para nosotros como peligroso para él, de ir á retar á los jefes del motín, haciendo alarde de un valor del que en su estado normal carecía en realidad, y poniéndolo en práctica sin que nadie se apercibiera de ello.

Nuestra sorpresa fué, pues, grande, cuando el vigilante que teníamos apostado en la torre de la iglesia dió la voz de alarma, anunciando que el enemigo se desprendía en masa del médano, y á media rienda se dirigía á la población. Nadie podía atinar á qué se debía atribuir aquella especie de sorpresa que se nos quería dar, pues aún no había terminado el plazo de la tregua; pero, á todo evento, la tropa se puso so-

bre las armas ocupando las posiciones que se le habían señalado, enmascarándose á la vez las dos piezas de artillería.

Una polvareda inmensa nos anunció la aproximación de los rebeldes, y pronto aparecieron por la derecha de nuestro frente, avanzando resueltamente con sus jefes á la cabeza, pero en desorden. Cuando las primeras filas llegaron á unos cuarenta metros, se desenmascaró la pieza que mandaba el sargento Aranda. La turba se contuvo haciéndose remolinos, y Guzmán avanzó casi hasta tocarla.

—¡En nombre del pueblo!—gritó con voz clara y fuerte—¡que se nos entregue esa pieza!

—Si el pueblo la quiere,—contestó el sargento—que venga á tomarla.

Guzmán alzó la rienda á su caballo para avanzar.

—¡Fuego!—mandó el oficial que permanecía á retaguardia, al lado del pelotón de artilleros.

Brilló el lanza-fuegos al acercarlo al estopín, el cual comenzó á chisporrotear, y..... el tiro no salió.

Empero la aparición inesperada de una pieza de artillería, la voz de mando fuertemente pronunciada y distintamente oída por los insurrectos, y el chisporroteo del estopín, produjeron su efecto: aquellos hombres huyeron atropellándose los unos á los otros, acobardados hasta el pánico; y si se hubiera mandado hacer fuego á la infantería el destrozo habría sido espantoso. La amilanada turba traspuso el médano á toda carrera, dispersándose después rumbo á la llanura, sin poderla perseguir porque no teníamos caballería de que disponer.

Así terminó aquella intentona que pudo haber costado serios trastornos á los mismos que mal aconsejados la llevaron á cabo, posponiendo la honra de la patria á resentimientos meramente personales. Sin embargo fué el origen de la tirante situación que desde entonces comenzamos á experimentar.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII

## X

Todo había concluído.

El Jefe de Estado Mayor, de acuerdo con el nuevo Mayor de Ordenes, dispuso que se cubrieran todos los puestos de guardia que se habían abandonado dos días antes: los oficiales francos dieron un servicio extraordinario de ronda; la mitad de la fuerza disponible se estableció en los corredores de las casas que encuadran la Plaza de Armas, y se situaron vigilantes avanzados; todo para evitar una sorpresa posible durante la noche.

Esta se pasó tranquila, pero se respiraba una atmósfera sofocante, pesada: había un malestar general, y se presentía desde esa noche la pérdida de la plaza.

Al siguiente día dispuso Larragoiti que el despacho se hiciera en la Mayoría de Ordenes, y Gastañaga se trasladó á un rancho inmediato, de su propiedad, nombrado "El Mosquitero."

En cuanto al Comandante Zamudio, hombre leal, honrado y pundonoroso, avergonzado del triste papel que se le había querido hacer representar, pidió una licencia de dos meses para emprender un viaje á Campeche, á fin de introducir á la costa algunos artículos de comercio que escaseaban, forzando el bloqueo, que aunque de una manera irregular, habían establecido los franceses fuera del alcance de la batería de Santa Teresa.

Todo había concluído, es cierto, pero nos habíamos concitado la mala voluntad del pueblo; y un robo perpetrado la noche que la tropa estuvo alojada en el Palacio, descerrajando la carpeta del Secretario y llevándose algunos dineros, sin que se hubiera podido encontrar al autor del robo, hizo que á todos se nos tuviera por ladrones, en el concepto de la gente vulgar.

La asonada había abortado, es verdad, pero quedaba sembrada la semilla de la indisciplina y de la insubordinación, de

lo cual tuvimos la prueba más triste y patente dos días después, que se notaron síntomas muy serios y alarmantes de una sublevación en el cuartel de las compañías de Tlacotalpam, á las cuales fué preciso reducir al orden por medio de un alarde de fuerza, situando á la puerta de entrada las dos piezas de montaña cargadas á metralla, al mando del Teniente D. Valente Cruz, y hacerlas regresar, después de desarmarlas, al punto de su procedencia, en las altas horas de la noche.

Los resultados de esta asonada tuvieron aún más tristes consecuencias. El entusiasmo decayó por completo, cundiéndose rápidamente en todo el territorio ese malestar que en Alvarado se sentía, y notándose por todas partes movimientos muy significativos contra la conservación del orden y la obediencia al Gobierno de la República. La deserción en todos los centros principales aumentaba día á día, y en Alvarado apenas teníamos poco más de cien hombres en quienes se pudiera tener confianza.

Entonces resolvimos elevar una exposición de hechos á la Superioridad, y el Capitán de caballería D. Luis Oropeza fué el comisionado para conducirla á Jalapa, partiendo en los primeros días de Septiembre en que le fué concedido el *pase* para regresar á la 1ª División del ejército de Oriente.

\* \* \*

Bajo tales y tan poco halagüeños auspicios fué como llegó á relevar á Larragoiti el Coronel de caballería D. Mariano Lazcano, antiguo veterano del ejército de la República y hombre de toda la confianza de los Generales Zaragoza y Llave, que conocía palmo á palmo todo el territorio de Sotavento, en el que había prestado eminentes servicios durante la campaña de "Tres años." Lazcano llegaba investido con el carácter de "Jefe de la línea militar de Sotavento," y desde luego se ocupó de reorganizar todos los ramos de la administración pública, para lo cual poseía facultades y aptitudes poco co-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO XIII

munes. De edad madura, de aspecto simpático, de un trato afable y correctamente cortés, se hacía querer de cuantos le conocían: á todos trataba con exquisita finura, y era muy conocido y estaba perfectamente relacionado, sobre todo en los Tuxtlas y Acayúcam: sólo era intransigente é inflexible en los asuntos del servicio público: tardó para tomar una resolución, porque siempre la hacía preceder de un estudio profundo, una vez tomada no era fácil que retrocediera.

Sus trabajos de reorganización fueron bruscamente interrumpidos, pues apenas comenzada tan laboriosa tarea, tres noches después se le presentaron D. Francisco Cabrera, Diputado á la Legislatura del Estado; D. Mariano Aguirre, Administrador de Rentas del Cantón de Acayúcam, y D. Cipriano García y D. Luis Rorete, acomodados agricultores de esa población, para participarle que tanto el Cantón de donde procedían como parte del de Minatitlán, habían alzado el estandarte de la rebelión, aprisionando y encarcelando al Comandante Militar D. Manuel Guerrero, impuesto por Larragoiti, á quien creían encontrar en Alvarado, pues hasta aquellos lugares aún no había llegado la noticia de su relevo. El movimiento tenía el carácter de local, y estaba capitaneado por un tal Sagredo, hombre de un valor á toda prueba, de antecedentes poco favorables, al decir de los recién llegados, é instrumento de personas influentes quisquillosas y turbulentas, mal avenidas siempre con todo principio de autoridad de cuya comunión estuvieran excluidos.

Preciso era restablecer el orden en aquellos puntos apartados del centro, de preferencia á todo lo demás que hubiera querido emprender, y á ese fin se encaminaron sus disposiciones, siendo la primera hacer marchar hacia allá al Capitán X..... cuya partida es el exordio de este "Recuerdo."

Conforme á las instrucciones reservadas de que era portador, Lazcano invitó á Larragoiti para que marchara al mismo Acayúcam, en cuya población residía su familia, despojado de todo mandó en la línea de Sotavento; y en cuanto á Gas-

tañaga y á Allier, fueron dados de baja en el servicio, notificándosele al segundo que salía desterrado de la jurisdicción, bien apercibido de que, si veinticuatro horas después de notificado se le encontraba dentro de sus límites, sería pasado por las armas.<sup>1</sup>

## XII

Dos días después del en que hubo marchado para Tlaco-tálpam el Capitán X..... y ya reorganizado el servicio militar y hacendario en Alvarado, emprendió su marcha el nuevo Jefe de la línea de Sotavento con dirección á San Andrés Tuxtla, desde cuyo punto se prometía dirigir las operaciones contra los revoltosos de Acayúcam y de Minatitlán. El mando de la plaza quedó confiado al patriota y entusiasta Comandante de batallón D. José María Villalobos, á quien todos llamábamos por cariño *el tío Villa*, y como Mayor de Ordenes el del mismo empleo D. Joaquín G. Güido.

El enfriamiento patrio de los alvaradeños continuó tomando creces, y la deserción aumentaba, haciéndose más visible, por decirlo así, el descontento que allí reinaba exclusivamen-

<sup>1</sup> Gastañaga volvió al servicio llamado por el General García, de quien era amigo y paisano, y tuvo un fin trágico; pues en un viaje que hizo con el referido General á la Barra de Goatzacoalcos por asuntos del servicio, se empeñó tenazmente en ir á reconocer un buque que entraba en el río en momentos que el norte soplabá con verdadera furia. A pesar de que tanto García, empleando su autoridad, como los que lo acompañaban, hicieron todo empeño por que desistiera de tan descabellada idea, saltó á un *bengo*, y ya al llegar cerca del buque perdió el equilibrio y cayó al agua, sin que se supiera más de él.

Allier, respecto del cual circularon rumores de haberse unido al enemigo pocos días después de su destierro, apareció más tarde figurando su nombre en la lista de los condecorados con la "Cruz de 1ª clase," creada por el Congreso de la Nación, para los que combatieron sin descanso contra la Intervención y el Imperio. No sé en qué cuerpo de ejército serviría, pero es indudable que aquellos rumores fueron calumniosos, toda vez que fué distinguido con tan honrosa condecoración.

te en el pueblo, y la mala voluntad con que se prestaba á los pocos servicios que se le exigían.

En este estado de una tirantez irritante transcurrió el mes de Octubre y los primeros días de Noviembre; pero ya después del 8, cuando se tuvieron noticias exactas de que los franceses proyectaban una expedición por mar y tierra sobre la costa, las noticias alarmantes que circulaban á cada hora, determinaron una situación difícil y embarazosa para los defensores de las libertades patrias, y para los pocos hijos de Alvarado que con ellos habían hecho causa común.

El Comandante Villalobos carecía de instrucciones para este caso: los correos que enviaba de continuo al Coronel Lazcano no llegaban seguramente, puesto que no tenía noticias de él; y aunque los pliegos se enviaban por "cordillera," no se podía hacer responsable al individuo que los recibía en Alvarado: rumores á cual más siniestros venían á excitar más la atención pública, y como nunca se sabía de dónde nacían tales rumores, por más esfuerzos que la autoridad hacía para investigarlo, no era fácil apaciguar los ánimos, ni menos todavía apreciar la verdad de ellos.

El día 17 á eso de las seis de la tarde regresó de su expedición el Capitán X..... trayendo noticias satisfactorias del resultado de las operaciones contra los Cantones sublevados, é instrucciones reservadas para el Jefe de la plaza, dictadas *á priori* por el Coronel Lazcano, por lo que pudiera acontecer durante su ausencia, motivada por la necesidad que tenía de permanecer en los Tuxtlas, como el punto más céntrico y á propósito para atender al afianzamiento de la paz en los Cantones que acababan de ser sometidos por la fuerza de las armas.

No pudo desde luego comenzar á poner en práctica las instrucciones que traía, porque momentos antes que él había llegado el Comandante Carrau, autoridad militar de Tlalixcóyam, gravemente enfermo, en estado del todo desesperado de salvarlo, quien, por disposición de los oficiales que vivían

en el mismo alojamiento que el Capitán fué trasladado á él para atenderlo mejor. Desgraciadamente el Comandante Carrau falleció tres horas después de su arribo; y esto, y la fatiga y el cansancio de cuatro días con sus noches de viaje por el río, hicieron que por su parte también se retirara á descansar, velando á su amigo que acababa de morir.

El Comandante Villalobos, luego que supo su llegada, se apresuró á pasar á verlo; y tras la lectura de un pliego que le entregó:

—Cuando vd. guste, compañero,—le dijo con tono afable—podemos avisar á los Comandantes Güido y Enríquez, comprendidos en la disposición del señor Coronel, para determinar lo más conveniente; y cuanto antes, mejor, pues aquí estamos mal. Si nos arroja de hecho,—prosiguió con acento de cólera mal reprimida—lo estamos ya moralmente, pues nadie se presta ya para nada. Ni siquiera quieren vendernos pasturas para los caballos.

—Bien:—contestó el Capitán—mañana sepultaremos á nuestro amigo y compañero con todos los honores correspondientes á su empleo, y después del entierro, que será á las nueve de la mañana, según lo dispuesto por los facultativos, nos reuniremos en la Comandancia Militar. Entretanto,—continuó bajando la voz—al primero que propale una noticia alarmante, lo hará vd. reducir á prisión, dándome aviso. Es preciso desplegar mucha energía, pues á juzgar por lo que se me ha contado, las circunstancias son en extremo críticas. No dudo que el enemigo intente algo sobre Alvarado, como la llave de la costa; pero cuando sea un hecho, lo sabremos de una manera segura: recuerde vd. que tenemos agentes leales en Veracruz y en Medellín.

### XIII

La muerte del Comandante Carrau fué muy sentida por sus compañeros de armas, en su mayor parte amigos y paisanos suyos.